
La teoría de la formación de la sociedad en José Vasconcelos

Agustín Jacinto Zavala
El Colegio de Michoacán

Para poder darnos una idea general de la manera en que Vasconcelos trata la formación de la sociedad, es necesario hacer una breve exposición de cuatro de los aspectos de su pensamiento que sirven de base a su propia manera de ver el mundo. Por esto, en lo que sigue vamos a ver: su teoría del ritmo, su teoría de la revulsión de la energía, los ciclos de la transmutación de la energía y su teoría del monismo estético. Espero que a partir de estos aspectos pueda quedar clara la manera en que Vasconcelos concibe la formación de la sociedad en la que vive la raza cósmica.

Para Vasconcelos era necesario hacer filosofía para lograr la liberación de todo colonialismo: “Es menester, con urgencia de salvamento, dar una filosofía a las razas hispanas” (III, 681). * Para ello “es tarea irrenunciable la de forjar nosotros mismos nuestra síntesis de vida, siquiera sea una síntesis provisional que nos acerque a la verdad profunda[...]. Se nos impone el hacer una filosofía hispánica[...]. La doctrina engendra la práctica, y no podemos aspirar a libertarnos socialmente si antes no libertamos el pensamiento. Pero esta última liberación no se alcanza negando

*Todas las referencias serán a las *Obras Completas* (Libreros Unidos Mexicanos, México, 1961), excepto las de *Laraza cósmica* (Colección Austral 802, Espasa-Calpe, México, 1989. 13a. edición).

lo extraño; se logra construyendo lo propio” (III, 681). En la búsqueda de esta “eterna filosofía universal” se enmarca la actividad filosófica de Vasconcelos.

1. Teoría del ritmo

La realidad histórica en Vasconcelos es una realidad dinámica que tiene tres estadios: físico, biológico y espiritual. “El universo es una serie engranada de cambios fenomenales, regidos por leyes uniformes e independientes de nuestra voluntad” (III, 10), pero el hombre siempre ha sentido una emoción primigenia frente a las cosas, que es una “penetración íntima y recíproca durante la cual la conciencia no ve en las cosas el orden uniforme que la experiencia demuestra, sino un infinito móvil que vibra al unísono con ella” (*ibid.*). Hay pues, dos conceptos del mundo: “el objetivo, analista, intelectual, en una palabra, el científico; y el sintético, que se ha llamado intuitivo, pero que es, más bien, la percepción estética de las cosas” (III, 11). Nos dice Vasconcelos que un día se le ocurrió que “el secreto perdido con las últimas escuelas esotéricas era precisamente la teoría de que las cosas, aparte de sus movimientos ordinarios comprobables con los sentidos, son capaces de vibraciones paralelas de nuestras tendencias íntimas, afines de nuestra esencia de belleza” (III, 11).

Con esa nueva idea, el pensamiento de Pitágoras vino a tener para él el significado de un conjunto de “símbolos de un pensamiento inefable, hondo, sintetizador de lo existente” (III, 11). Vino Vasconcelos a interpretar el pensamiento de Pitágoras en sentido estético: “la versión estética de la tesis pitagórica no termina en el concepto de armonía ni en el de número. En ella número y armonía son la expresión de un ritmo, al que se subordinan ambos” (III, 12). Ritmo significa “movimiento acompasado” y nos lleva desde Pitágoras a Heráclito, a un dinamismo inestático, móvil, es decir estético (*ib.*). Llego así Vasconcelos a considerar a Pitágoras como “el primer antecesor conocido de la familia místi-

ca, extraña y dispersa, de los filósofos músicos, poetas; más bien dicho, de los filósofos estetas” (*ib.*).

Como introducción a ese pensamiento señala Vasconcelos varias etapas: la didáctica escolar donde se enseñaba a los discípulos de Pitágoras la teoría dinámica de la realidad; la didáctica comunitaria donde “los ejercicios colectivos, la música, los bailes, preparan para las largas meditaciones en que el alma se experimenta a sí misma” (III, 16). Allí podemos ver que los pitagóricos “lejos de desdeñar el cuerpo procuran regirlo y embellecerlo para que se eleve con el alma a la serenidad de la contemplación, como parte que es de la naturaleza divina” (III, 16).

Existe el aspecto aritmético de la teoría del número como “ritmo y substancia de lo real” en la que “el número era en las cosas una especie de formación interna, de cauce uniforme y progresivo” (III, 30). Existe igualmente el aspecto analítico del número, propuesto por Filolao, en el que se afirma que “cuanto existe depende de la acción combinada de dos principios contrarios. El uno es el principio de determinación, que hace que las cosas tengan un comienzo y un fin; se denomina: lo limitado. El otro es el principio de indeterminación, que hace que las cosas tengan término medio; se llama: lo indefinido” (III, 31). Existe también la interpretación geométrica del número que, como en el caso de Ritter, “pretende reducir el pitagorismo a fórmulas de razón” (III, 32). Examina Vasconcelos diversas interpretaciones de Pitágoras, incluyendo la de Schleiermacher (III, 34).

Pero Pitágoras para Vasconcelos es principalmente un esteta. “La materia posee una voz que repercute en las almas; no siempre es muda su expresión misteriosa; sabe cantar con voces unísonas del espíritu[...] cierto ritmo está en la esencia de todas las cosas” (III, 39). Se trata del “estudio del ritmo como valor filosófico en sí” (III, 40) y el número “era símbolo de la percepción inmediata del ritmo” (III, 41) de lo real. El número significa el ritmo y su comprobación dentro de las cosas implica que ese ritmo es el “lazo que liga a la conciencia con las cosas[...] en la facultad estética del yo reside el secreto de la comunión con las cosas” (III, 42).

Vasconcelos interpreta a Kant en el sentido de que encontramos lo bello “haciéndonos la voz secreta de las cosas, dándoles el hábito que les falta, tomándolas dentro de nosotros, como si fuéramos el conducto por el cual todo lo que en la naturaleza es no-ser, aspira al ser completo” (III, 43). En ese sentido, “para Pitágoras las cosas eran pluralismo acordado a la ley de hermosura, concierto polifónico en cuyo fondo se desenvuelve el ritmo amorfo y perenne de un devenir inefable” (III, 47). De tal manera que las dos formas de ver la realidad, mencionadas antes, se convierten en dos polos complementarios: “lo newtoniano y lo pitagórico son los dos polos necesarios de toda cosa pensable: el orden material de la necesidad y el orden espiritual de la belleza” (III, 48).

Estos dos polos complementarios siempre están presentes en nuestra visión de la realidad. Como dice el filósofo Abelardo Villegas, el dato primario para Vasconcelos es que “Antes de la separación del yo y el no yo está la fusión total, la existencia general” (*La filosofía de lo mexicano*. México, UNAM, 1979. p. 74). Para Vasconcelos “el ser es un compuesto, una relación, la síntesis de los contrarios” (III, 74). El dato primario de una fusión total o existencia general lleva a Vasconcelos --nos dice Villegas citando el *Tratado de Metafísica*-- a “concebir una esencia multiexpresiva, que llamamos materia si la tocamos con los sentidos y la calculamos con el número pero que se vuelve espíritu cuando la contemplamos con la conciencia o al menos con el corazón” (*La filosofía de lo mexicano* p. 74). Allí es primordial la categoría fundamental del ritmo. “La relación rítmica es lo que tienen de común lo musical, lo visual, las ideas, las emociones, la raíz misma de todo ser” (III, 49). Todo lo que existe es como un diapasón en el que todo resuena con la vibración de todo. Por esto nos dice Vasconcelos que “el misterio de todo lo creado no lo resuelve la inteligencia ni la experiencia, cuyo ordenado conjunto constituye la ciencia, sino sólo la intuición de belleza; sólo en el arte se contemplan y se funden los géneros, las clases, los números, las ideas y los seres[...]. Unas mismas leyes rigen al arte y a la mística, sólo que el artista ve por fuera y el místico por dentro” (III, 50-51). La intuición de

unidad de que “no hay mundo y yo, sino que todo es ser, existencia una, igual, eterna” (III, 52) es el punto de vista básico en la teoría del ritmo. El hombre tiene, frente a lo divino y a la materia, el puesto de “diapasón del universo. Nos toca a nosotros la misteriosa potencia y en seguida vibramos, reduciendo todo el resto de las cosas a la nota inspirada de arriba” (III, 56).

El ritmo que gobierna las cosas no debe intelectualizarse, no debe hacerse un dato formal. Es un valor estético que nos señala que la conciencia humana tiene un “temperamento vibratorio característico” (III, 58). Bajo la acción de lo divino, “el impulso rítmico o impulso lírico lo da nuestra conciencia; el mundo nos sigue” (III, 60). Queda así clarificada la “posibilidad de asimilación estética con el mundo”. Desde este punto de vista, “expresando este principio en términos intelectualistas”, el mundo es una “variedad rítmica estética[...] es un ritmo regular, propio de los fenómenos y de la constitución humana, y este ritmo regular puede unirse, mediante un cambio de sentido, con lo inefable, con Dios” (III, 61).

Sin embargo, antes de examinar ese “cambio de sentido”, es necesario presentar otro aspecto de la teoría del ritmo que es “la categoría de lo desinteresado” (III, 65). Cuando vengo a tener un cambio en mi manera de existir, y mi espíritu “dejado a sí mismo en el mundo, percibe el ritmo interno que norma las cosas y alcanza la vibración de simpatía que lo pone en tono con el universo” (III, 64), entonces aparece la categoría de lo desinteresado. Vasconcelos nos dice: “Hablo de desinterés en el sentido de un proceso que ocurre cuando hay movimiento, cuando hay tendencia, sin objeto, cuando la actividad deja de ser necesaria y se hace libre, pero con una libertad que no busca elegir entre motivos diversos, sino que existe sin necesidad de los motivos y no los escoge, porque siente como que ya los penetró todos y está con ellos” (III, 69-70). Ésta no es una nueva manera de conocimiento: el sujeto humano se olvida de todo propósito de entender o de explicar el mundo. Es “una nueva manera de percepción” (III, 64), una “nueva manera de ser sin propósitos” (III, 65). El sujeto se une al objeto, y se

produce “lo que Platón llama la divina locura del artista o del amante, en la cual el mundo nos acompaña en nuestro raptó” (III, 65). Hay una “mutua coincidencia en el desinterés del objeto y del sujeto” (III, 65). Es una manera de “pura existencia, acerca de la cual nada se predica” (III, 68). Es un modo de existencia desinteresado: “Desinteresado no en el sentido que tiene esta palabra con relación al sujeto, sino en un sentido que lo coloca y lo afirma fuera del mundo fenomenal, fuera del dinamismo fatal del universo” (III, 68). Allí tenemos “la confianza de que todo está con nosotros, de que todo está con lo uno; lo uno, la única gran realidad” (III, 69).

Con esa nueva manera de existencia, el desinterés dentro de un universo rítmico, efectuamos siempre una “transformación de la substancia. Por decirlo así, convertimos la materia en espíritu; la reducimos a lo que somos, un ritmo a la vez individual y universal, individual porque es único, universal porque puede identificarse con todo lo demás de la creación multiplicado en espacio y tiempo, en acción, es decir, en ritmo profuso y glorioso” (III, 71). Hay que hacer notar, sin embargo, que no se trata de un ritmo simple y lineal, se trata de “la ley del ritmo alternado”. Vasconcelos la explica así: “Tan pronto como el movimiento ha cumplido su propósito en un orden dado de energía; luego que ya no puede emplearse por lo mismo en él, la energía se acumula y en seguida rebasa volviendo hacia el estado inmediato, hacia el orden dinámico siguiente: pero al rebasar cambia de orientación. Y la facultad alternante del ritmo opera en un plano trascendente, porque sólo desde allí la energía pasa de uno a otro de los órdenes, no sólo sin perder su naturaleza, sino que en los casos mas avanzados, gana, aumenta con el cambio su poder” (III, 454).

Todos los procesos en el universo “son procesos de ritmo y sólo están separados de uno a otro por un cambio de sentido; se pasa de uno a otro por reversión, como corriente eléctrica que se vuelve ya positiva, ya negativa” (III, 73). La estética traslada las cosas “al ritmo verdadero del desinterés por donde ellas y nosotros vamos a una nueva e incomprensible existencia” (III, 73). Vasconcelos

explica esa transformación de la substancia, esa reversión o cambio de sentido, como proceso del desinterés, con su teoría de la revulsión de la energía.

2. La revulsión de la energía

Nos dice Vasconcelos: “Uso la palabra revulsión para indicar un cambio de sentido de la trayectoria de la energía, cambio en que la línea del movimiento no se quiebra ni se desvía, ni se interrumpe, ni se detiene, sino que vuelve sobre sí misma, y asciende en espiral, como la gota que sube desde el fondo de un vaso cuyo líquido se ha revuelto intensamente” (III, 364). La teoría de la evolución parecería querer darnos la visión de un todo continuo sin saltos. Vasconcelos reacciona contra ella: “La evolución supone un avance graduado y lento, un progreso dentro del cual rige el viejo precepto biológico, de que la naturaleza no da saltos, y de que el efecto no contiene más que lo mismo que ya estaba contenido en la causa” (*ibid.*).

Vasconcelos admite un proceso general de evolución pero nos advierte que dentro de ese proceso no todo es continuidad: “junto a los procesos ordinarios de la evolución, o dentro de esos mismos procesos, [se da] una repetida aparición de cambios bruscos reversiones, escapes o revulsiones de la fuerza” (III, 364). Estas revulsiones o transformaciones de la energía, contenidas dentro del proceso general de la evolución, nos señalan una gran limitación del evolucionismo: “la razón y los sentidos no explican la totalidad de la existencia” (III, 363). La observación experimental “mira sólo una parte de los hechos, y también un solo orden, un solo género de procesos” (*ibid.*). En este sentido, “nuestro Universo es una proyección de las interpretaciones que da nuestro entendimiento de una realidad, que sin duda posee propiedades y seres que no imaginamos. Si se modificara nuestro entendimiento, se modificaría nuestro Universo; pero ese nuevo Universo, lo mismo que el que hoy contemplamos, no sería sino uno de los mundos que

pueden salir en sucesión o en coexistencia del fondo común de una esencia que se multiplica en realizaciones de todo género, entre ellas, muchas para las cuales no rigen nuestras leyes de ser y de espacio y tiempo” (III, 365).

La fuerza, dentro del proceso general de la evolución, “parece volver sobre sí misma, para comenzar un nuevo género de movimiento, un nuevo ciclo de existencia; un nuevo ciclo que no deriva de la acción indefinida de las fuerzas cósmicas, sino de un impulso que no está contenido, que no se encuentra en las fuerzas cósmicas como las concibe la experiencia, sino que en cierto sentido las contraría” (III, 368). Por eso, “El poder de transformar el movimiento recibido, es lo que distingue la nueva serie de existencias, de las simples existencias cósmicas, y esto que llamamos revulsión de la energía y su cambio de sentido, es lo que fija el comienzo de un ciclo dinámico dotado de nueva ley” (III, 369).

Hay tres grandes puntos en los cuales es totalmente perceptible esta transformación de la fuerza: la originación del mundo físico, la aparición de la vida, y el surgimiento de la conciencia. Por esto nos dice Vasconcelos: “Juntamente con la evolución indefinida de las especies y de los mundos, desde las formas simples a las complejas o viceversa, de las desintegraciones que retornan la sustancia a las formas simples, hay que considerar, entonces, una suerte de transformaciones generales o de transformaciones por ciclos, en que la energía torna sobre sí, como por milagro, para adoptar orientaciones contradictorias y verdaderamente inexplicables, dentro de la ley del ciclo precedente; inexplicables también dentro de la dinámica propia de uno solo de los ciclos de la existencia. En cada revulsión la fuerza cambia de sentido, aunque no de naturaleza” (III, 375).

La unidad de la existencia descansa en el concepto de energía. “La sustancia es una, la energía es una; no es ni materia ni fuerza; es las dos cosas en síntesis perfecta” (III, 388, 570).

Aunque la energía es una, sufre una serie de revulsiones: “La energía, una en esencia, no obedece, sin embargo, a los mismos ritmos de movimiento en todas sus manifestaciones, y, además,

para obrar se organiza en ciclos que siguen un orden terciario. Cada ciclo posee un ritmo peculiar y se desenvuelve en procesos trinitarios. Se pasa de un ciclo a otro por medio de revulsiones de la energía. Cada vez que la energía cambia de ritmo y de plan, al mismo tiempo se pasa a un nuevo ciclo..." (III, 388; *cf.* III, 570). Este proceso de transformación de la energía en varios ciclos tiene lugar como acción creadora. "Para desenvolverse y trabajar, la energía procede por tríadas, reflejando constantemente el precepto divino de la trinidad de la acción. Cada tríada constituye un ciclo y cada ciclo transforma totalmente el valor y el sentido general de la existencia y el valor y el sentido del ciclo antecedente" (III, 388-389; *cf.* III, 570). Allí podemos percibir el proceso dinámico, "¡El caracol de la superación!" (III, 464).

3. Los ciclos de transmutación de la energía

Hay varios ciclos y "en cada ciclo la energía cambia de sentido, de norma y de ritmo, pero la energía es la misma a través de todo el proceso. El objetivo de cada serie es su realización específica; con el fin de sobrepasar la norma y transportarse al ciclo siguiente. Y el fin de los ciclos parece ser la conquista de un absoluto en el cual las ideas de movimiento y reposo, junto con todas las formas, vendrían a anegarse para resurgir en sustancia de naturaleza incorruptible" (III, 521). Para llegar a esa culminación, es necesaria una "mutación radical" del ritmo de la energía (III, 521). Se trata de "revulsiones creadoras, cambios de orientación de la corriente dinámica que prosigue su destino" (III, 555).

Vasconcelos nos habla de los ciclos, que son: Primero "El ciclo cósmico de la composición de la substancia y la fuerza para crear mundos. Se subdivide este ciclo en tres etapas: la nebulosa amorfa; los cuerpos organizados en formas y moviéndose para crear mundos, y los mundos donde aparezca la naturaleza que contiene el germen de la transformación que sigue" (III, 375). En segundo lugar "el ciclo planetario en que la sustancia deja de arder y se

enfriá para convertirse en lo que llamamos la naturaleza, en cuyo seno surge la vida. Las tres etapas de este periodo son: la vida química del mineral; la vida silenciosa de las plantas y la vida tumultuosa de las especies”. En este segundo ciclo “se produce[...] una revulsión del dinamismo atómico cuando aparece lo que llamamos vida” (III, 376). En tercer lugar tenemos “El ciclo de la vida, que a su vez, se divide en tres grandes periodos: 1, el material o confuso, que comprende plantas, animales y hombres; 2, el intelectual, claro, pero limitado; y 3, el estético, que participa de lo infinito y nos conduce a una especie de emancipación, que en todas las lenguas ha recibido el nombre de espíritu” (III, 376).

Frente al evolucionismo de continuidad, Vasconcelos nos dice que “cada ciclo es como el movimiento dentro de una esfera; pero el girar apresurado de las esferas produce una línea de escape que liberta una parte de la energía contenida en ellas y a la vez pone en relación uno con otros los distintos ciclos de movimiento. La fuerza que escapa en la tangente de la esfera que gira se convierte en la espiral creadora de un nuevo orden de existencias, que enlaza los mundos diversos y da origen a un nuevo plano de fuerzas y a una nueva esfera giratoria” (III, 377). En cada uno de estos saltos y dentro de todo el proceso de evolución hay un ritmo de creación. “La Trinidad es ritmo de creación. En el fondo de todos los procesos del mundo, ella aparece operando como la forma activa de lo divino[...]. Danza de la trinidad en movimiento, eso es lo que se mira en todos los órdenes del Universo” (III, 385).

Vasconcelos nos habla de varias revulsiones de la energía. En primer lugar está la revulsión cósmica en la cual la constante es el “acto repetición”. Acto es, para Vasconcelos “toda realización de la potencia”, es “pasar del estado latente al estado de realización, consumarse en cualquiera de las potencialidades que abraza el germen” (III, 525). “Llamamos acto repetición a aquel que consume una potencia latente, sin orientarse hacia otro propósito que la simple repetición de los mismos ritmos y transformaciones dinámicas en varios grados, sin cambio de dirección. Tal acto es propio de lo físico” (III, 525). El orden físico, resultante de la primera

revulsión, “parte de un cero de cantidad” (III, 532). La segunda revulsión, la revulsión biológica “parte de un cero de orientación” (III, 532), da origen al orden biológico. Entre estos dos órdenes, “hay un doble cero, cero de tensión por la momentánea oposición de las corrientes; cero de tiempo, porque antes no hay vida” (III, 533). Entre el orden físico y el biológico hay un “remanso fluido, de esencia neutra” y “en el instante intermedio, al operarse el paso de un orden a otro, hay encuentro de corrientes” (III, 533-534). Hay allí una revulsión: “el complejo de las fuerzas engendrando un movimiento de carácter diferente de los componentes perceptibles: el salto de la energía, desde el ciclo físico hasta el ciclo biológico” (III, 534). Aquí ya se puede hablar de que “la energía se reconcentra para crear el *principium individuationis*, pero luego vuelve al través de él, por todos los caminos del mundo” (III, 471). Esta reconcentración de la energía significa la aparición del sujeto con su poderío creador, inventor (III, 543). Aquí tenemos ya la tercera de las revulsiones, “una revulsión creadora de maneras trascendentales de la existencia” (III, 551). Se trata de “la revulsión estética” (III, 520), cuya característica principal es el acto creador. Esta revulsión marca el surgimiento de la vida consciente (III, 551). Aparece ahora un nuevo factor, y “ese nuevo factor radica en la facultad, que posee el dinamismo consciente, de acrecentarse en vez de gastarse con el uso” (III, 561).

En su polémica contra la linealidad continua de la teoría evolucionista, Vasconcelos dice que “la tesis de la evolución no basta para explicar el desarrollo ni siquiera en cada uno de los ciclos, mucho menos explica el paso de un ciclo a otro” (III, 571). Se hace necesario, sin embargo, determinar “el instante del cambio brusco, sin el cual no hay paso definitivo de un ciclo a otro; el salto específico que determina el cambio de orientación y el tránsito de la substancia” (III, 562).

La revulsión inicial está marcada por las “condensaciones, puntos de acción, electrones, protones, sistemas, campos dinámicos y átomos...” (III, 572) que altera la existencia *per se* que “es una suerte de energía en reposo e indeterminación, de la cual salen

multitudes que pugnan por ajustar sus ritmos a los procesos libertadores, como si todo el Universo estuviese en camino de salvación y de consumación” (III, 572).

El momento de salto de la segunda revulsión está marcado por la irrupción de la célula: “En el seno mismo de las energías anorgánicas, irrumpe la célula;[...] la aventura de la célula que crea en el tiempo la zona nueva, la dimensión inesperada, la suerte de espacio; el ambiente en que se albergará el nuevo mundo de la existencia como vida” (III, 572).

El momento del cambio, el salto de la revulsión estética tiene lugar “con la producción de la imagen” (III, 562), (dice Vasconcelos reinterpretando a Ogden), porque “la imagen introduce en el dinamismo normal de la vida, una suerte de espacio en que se desarrollan maneras nuevas de existencia” (III, 563). Por esto dice Vasconcelos que “el hombre desempeña sin saberlo y a sabiendas, una función cósmica trascendental, la función de convertir el objeto en imagen y como si dijésemos de transportar la creación entera a un plano diferente del físico y acaso ya inmortal, ya divino” (III, 564). La imagen, al igual que la palabra, son “un sistema de traslación de la energía biológica en energía estética, trascendental” (III, 567). “Por la conciencia asciende la materia al plano inmaterial, que es ya zona del Espíritu” (III, 586).

Este es el proceso de la transmutación de la energía, en el que es posible hablar de un “desenvolvimiento que claramente se va ligando en periodos concretos y concurrentes a una serie de fines y transformaciones particulares, englobados dentro de un misterioso plan trascendental” (III, 592). Vasconcelos resume esto de la siguiente manera: “Recordemos entonces que la tesis fundamental de nuestro esbozo de sistema, afirma que es una misma la sustancia en todos sus extremos, apariencias y manifestaciones; pero que se producen en su seno, series de creaciones ligadas; brotes de una energía que va pasando por etapas, de un estado dinámico a otro estado dinámico, variando cada uno de estos estados conforme a ritmos y direcciones que van transformando la especie de la sustancia misma; nos la van dando ya en materia,

sub specie temporal, ya en idea, *sub specie aeternitatis*, ya en belleza, *sub specie divina*” (III, 605-606). Dentro de todo esto, y ya en el ciclo estético, “la emoción es[...] una como tercera fuerza divina que se apresura a ligar las series disímiles para cerrar los circuitos y en seguida libertar la energía hacia formas mejores” (III, 625).

4. *El monismo estético*

Nos dice Vasconcelos que “el problema esencial de la filosofía sigue siendo: primero, organizar un concepto cabal y coherente, hasta donde es posible, dentro del océano de lo fenomenal; en segundo término, y como consecuencia de lo primero, darme criterios para ligar mi actividad o mi simple existencia con las actividades y las existencias que me circundan” (III, 687). Por esto “la filosofía es la espiral transmutadora, el ritmo en que se resuelve la creación al libertarse, y, por lo mismo, la suprema realidad, no un álgebra convencional de la realidad” (III, 687-688).

“El concepto fundamental del universo va también dependiendo no sólo de la apreciación individual, según el temperamento, sino también de la actividad científica predominante en cada época. Los físicos nos habían acostumbrado a la idea de un mundo mecanizado, según la ley de las propiedades de la materia. Ahora predomina el concepto biológico del mundo como crecimiento y desarrollo. Seguramente ninguno de estos conceptos es exclusivamente exacto” (III, 694). “La filosofía nace de la inspiración poética y vasta y se organiza en el sentido del orden racional[...]. El camino del orden final lo da el amor, y su intérprete, el poeta, no debe estar ausente de las elucubraciones definitivas. Por eso, en rigor, un verdadero filósofo es un Poeta con Sistema” (III, 699, 1282). A su vez, Vasconcelos nos dice: “Mi sistema es un esfuerzo en tal sentido. Unión del saber de abajo, derivado de una experiencia metódica, y del saber superior y eterno de la poesía y la mística” (III, 698).

El estudio de las formas de la energía en su primera revulsión es el objeto de la *Metafísica* de Vasconcelos. Igualmente trata de presentarnos en ella una visión de conjunto de las tres revulsiones.

Lo que determina el ciclo de la segunda revulsión de la energía, al “segundo periodo cósmico, el de la vida; lo que da contenido interno y lo distingue del periodo físico es este impulso que nos lleva a buscar fines que no están necesariamente contenidos en el complejo de las fuerzas que constituyen el ambiente biológico” (III, 766). Al estudio de esta segunda revulsión de la energía dedica Vasconcelos su *Ética*. La teoría del acto es su problema fundamental (cf. III, 777), y la bondad es lo que guía su devenir íntimo (cf. III, 799). El bien es “nuestra fuerza vital interna, acomodada al *ordo amoris* agustiniano” (III, 800). Pero “el bien atiende a la conveniencia humana” (III, 800). “El problema privativo de la ética es el empleo del poder según las determinaciones de la finalidad. Moverse para alcanzar fines. Después, la estética, ya sólo se preocupa de alcanzar el fin absoluto” (III, 1107).

La tercera revulsión de la energía y sus diversas modalidades son el objeto de la *Estética* de Vasconcelos. En la estética, “la belleza está más allá de la conveniencia: en una imitación, un atisbo de la serena alegría celeste” (III, 800). Los valores estéticos, o valores de belleza, se subdividen en varias categorías: “apolínea, plástica, dionisiaca, ritmo universal, y síntesis mística” (III, 881).

Se habla de un Monismo porque “todo es ser y todo, para ser, participa de una misma sustancia, sólo que no en el mismo grado ni la misma calidad, sino disminuida o esplendorosa, según su cercanía del ser absoluto” (III, 1121). Dentro de ese monismo están las tres revulsiones de la energía, manifiestas en la aparición del átomo, la célula y el alma (cf. III, 1122), que forman una totalidad, o sea, “un conjunto articulado de relaciones” (III, 1123). Este todo es una realidad orgánica conformada por composición, es “la sustancia en el grado máximo de coherencia y de existencia” (III, 1123). Además, “la estructura, la forma, la hipóstasis de cada partícula de existencia, de cada porción de sustancia, es un resultado, una modalidad de su etapa migratoria del no ser, al pleno ser”

(III, 1129). Nos dice Vasconcelos: “Mi sistema pretende construir una filosofía de base científica, pero de proyecciones sobre científicas y espirituales. Creo que eso mismo busca, por ejemplo, Bergson, y tras de esto andaba Meyerson, y creo que para un filósofo moderno ésta es la única manera de hacer filosofía” (III, 1127). Su sistema es “un realismo existencial” (III, 1139) en el que “mediante la operación estética extraemos de la materia tesoros de belleza y los incorporamos a la nueva vida del alma” (III, 1145).

Para Vasconcelos el interés que pueda tener un sistema filosófico reside en su poder de transformación: la transmutación del caos en una organizada totalidad (III, 1145). El principio de la actividad estética reside en que la conciencia venga a tener “la función de recrear el mundo sensible por medio de su translación a la naturaleza de la imagen”, de tal manera que “el mundo físico escapa a la regresión de su dinámica y se incorpora a la existencia como conciencia y espíritu” (III, 1147). Pero la cumbre de la estética reside en la revelación, que “no es otra cosa que una forma superior de experiencia” (III, 1150). Se llega entonces al “modo experimental de los místicos” del que se vislumbra un Dios personal (III, 1150).

Según Vasconcelos, “cuando hablamos de revulsiones de la energía, transformaciones bruscas del sentido de la existencia en el Cosmos[...] nuestra propia teoría, según creemos, da una progresión cosmológica, fundamentada en la experiencia científico mística contemporánea y por eso es más completa que ninguna otra de las versiones del neoplatonismo” (III, 1153).

La belleza “es la porción de la energía que se desenvuelve con orientación franca hacia el ser como totalidad y absoluto” (III, 1271), “es conformidad con el orden divino” (III, 1399). La técnica de la conciencia, del espíritu, del alma, en la transfiguración y transubstanciación de la realidad, reside en la belleza (*cf.* III, 1271). Lo que Vasconcelos quiere darnos en la estética es la visión de lo heterogéneo en la unidad: “el problema que la estética resuelve es el de la concepción de lo vario, en una unidad que no lo destruye, le da sentido. Y, según lo hemos repetido, consuman-

do una síntesis de lo heterogéneo” (III, 1311). Esto es así, porque “los heterogéneos gozan de ser distintos, y, sin embargo, se fortalecen en el concierto. El imperativo unitario lo da el trascender común en una realidad de espíritu”, se trata de una “suerte de unidad en la transfiguración” (III, 1362). Hay tres sistemas de equilibrio: apolíneo, dionisiaco y místico, que permiten integrar lo múltiple según su acuerdo y disposición (*cf.* III, 1384). Vasconcelos llama a estos tres sistemas, “las categorías de la belleza” (III, 1389). Las categorías se contrastan así: “predomina en lo apolíneo la melodía, en lo dionisiaco el ritmo, en lo místico el contrapunto” (III, 1393). Les llama también “etapas de lo estético” (III, 1393). En la tercera etapa, “el arte ya no es fabricación del hombre, como cuando forja imágenes a su semejanza, sino [que...]. Llega a ser el arte[...] el sistema genuino de la manifestación de Dios, según se hace presente a los elegidos de todas las categorías, artista, pensador, santo, vidente. Y la sistemática de estas revelaciones queda comprendida dentro de las artes genéricas: plástica, música, poesía, liturgia, regida a su vez por el *a priori* ascendente que norma toda la estética: ritmo, melodía, armonía, contrapunto” (III, 1400). La etapa culminante, la mística, “es la ciencia de la intuición de lo Absoluto, y su método es el arte que no maneja formas, sino contenidos, esencias que no son abstracciones fenomenológicas, sino verdadera, sobrenatural expresión de la substancia” (III, 1403). Por eso, “el misticismo ejercita una transposición, una hipóstasis de lo físico en lo espiritual” (III, 1403-1404), “consiste en transportar la existencia al plano divino” (III, 1411).

5. Los ciclos y la acción

Antes de dejar la visión general que nos ofrece la filosofía de Vasconcelos, vamos a citar un párrafo que nos describe lo que él denomina “el orden trinitario de la dinámica del Cosmos”. Nos dice:

“En los periodos elementales el proceso se divide en la obra de átomos, células, almas de hombre. En el interior de las etapas rige también una secuencia triple. La conducta biológica se divide en ética fisiológica, ética racional y ética revelada. En la estética el proceso se descompone en apolíneo, dionisiaco y místico. En la mística se distinguen las vías, purgativa, iluminativa, unitiva. Y dominando los diversos desarrollos parciales, se asienta la realidad fundamental de la Trinidad: El Padre Creador, el Hijo Redentor, el Espíritu, que es milagro de transfiguración, gracia y plenitud” (III, 1411).

Todo hombre debe convertirse en un artista de la realidad, su conducta debe ser una estética: “es artista de la realidad todo aquel que la somete a las determinaciones de la melodía, la armonía, los caminos del retorno al Absoluto” (III, 1709). Por eso el arte es, ante todo, “una imitación de la obra redentora de Dios, una participación del alma en el milagro de la transfiguración de todas las cosas en el Espíritu Santo” (III, 1710). Esto es que los hombres se lancen a lo alto, y “entonces prevalecen los modos del goce eterno que rescata, inmortaliza su obra” (III, 1711). Vasconcelos escribió su *Estética* para “descubrir, reconocer los modos del *Ordo Amoris*” (III, 1711).

La estética es visión de síntesis en que los heterogéneos perduran como tales. En el monismo estético “el misterio del mundo[...] se nos presenta[...] como una función superior y universal de la energía, función cuya única mira es lo imperecedero y lo Infinito. Lo bello indica propensión a desorganizarse como bello o como propósito, para fundirse en lo Absoluto. Se realiza así la unidad estética; en ella los contrarios no desaparecen[...] La inspiración religiosa y las artes, son expresión de esta ley de regeneración de la energía, de transformación de la vida” (IV, 90-91).

Por esto, para Vasconcelos, tres son las maneras de la acción, “hay tres clases de actos, característicos de otras tantas maneras de existencia; estos actos son: 1o. El acto repetición, clase que abarca todo fenómeno sensible, sujeto a la experiencia científica... 2o. El acto desinteresado, creador del mundo moral... 3o. El acto incre-

mento, la obra de belleza que nos aumenta o identifica, por modos melodiosos con todo lo que nos es extraño; un impulso que nos obliga a dejar de ser nosotros, pues funde nuestra masa individual en el infinito y nos hace sentirnos infinito” (IV, 57). Así culmina la acción en un “devenir espiritual” (IV, 57), es acción de amor en la que “el enamorado late con el universo y se acrecienta en el infinito” (IV, 62-63).

La acción se basa, no en un conocimiento lógico formal sino en conocimiento concreto que es coordinación (IV, 819) más que abstracción (IV, 863): lo que constituye “lo central y específico de la conciencia es el acto coordinador de los heterogéneos que forman el conocimiento, del cual resulta un tipo especial de unificación, unificación para la acción” (IV, 837). La filosofía, desde el punto de vista de esta coordinación, es ciencia de la armonía (IV, 825): “coordinar es, en el fondo, armonizar” (IV, 862). Se da primacía a la síntesis (IV, 861), se quiere “lograr el concurso de los irreductibles en todas las esferas del ser” (IV, 827), se busca la “unidad de armonía” (IV, 828).

En esta filosofía para la acción coordinadora, “el hombre es el módulo que recibe en su seno el Cosmos y lo transfigura en dirección de lo absoluto, al mismo tiempo que en su conciencia descubre el germen que le dará ciudadanía en el Universo de lo Invisible. Por su parte, Dios unifica con su persona, su conciencia, el Universo que es su creación” (IV, 867). En la etapa de la armonía, “el ser transfigurado lo concebimos a semejanza del Cristo resucitado” (IV, 951), es una “presencia de misterio” (IV, 953).

6. La formación de la sociedad.

Dentro de esta visión filosófica, es interesante estudiar lo que se refiere específicamente a la formación de la sociedad. La teoría de la formación en Vasconcelos tiene dos aspectos fundamentales: aquel en el que la formación de toda existencia histórica está

mento, la obra de belleza que nos aumenta o identifica, por modos melodiosos con todo lo que nos es extraño; un impulso que nos obliga a dejar de ser nosotros, pues funde nuestra masa individual en el infinito y nos hace sentirnos infinito” (IV, 57). Así culmina la acción en un “devenir espiritual” (IV, 57), es acción de amor en la que “el enamorado late con el universo y se acrecienta en el infinito” (IV, 62-63).

La acción se basa, no en un conocimiento lógico formal sino en conocimiento concreto que es coordinación (IV, 819) más que abstracción (IV, 863): lo que constituye “lo central y específico de la conciencia es el acto coordinador de los heterogéneos que forman el conocimiento, del cual resulta un tipo especial de unificación, unificación para la acción” (IV, 837). La filosofía, desde el punto de vista de esta coordinación, es ciencia de la armonía (IV, 825): “coordinar es, en el fondo, armonizar” (IV, 862). Se da primacía a la síntesis (IV, 861), se quiere “lograr el concurso de los irreductibles en todas las esferas del ser” (IV, 827), se busca la “unidad de armonía” (IV, 828).

En esta filosofía para la acción coordinadora, “el hombre es el módulo que recibe en su seno el Cosmos y lo transfigura en dirección de lo absoluto, al mismo tiempo que en su conciencia descubre el germen que le dará ciudadanía en el Universo de lo Invisible. Por su parte, Dios unifica con su persona, su conciencia, el Universo que es su creación” (IV, 867). En la etapa de la armonía, “el ser transfigurado lo concebimos a semejanza del Cristo resucitado” (IV, 951), es una “presencia de misterio” (IV, 953).

6. La formación de la sociedad

Dentro de esta visión filosófica, es interesante estudiar lo que se refiere específicamente a la formación de la sociedad. La teoría de la formación en Vasconcelos tiene dos aspectos fundamentales: aquel en el que la formación de toda existencia histórica está

comprendida, en mucha medida, dentro de las etapas de la revolución de la energía y que, por lo tanto, tiene una dimensión que no depende del todo de la voluntad humana; y aquel que implica, sobre todo, una voluntad de creación, una voluntad de acción coordinadora y unificadora y que, por lo tanto, enmarca las máximas aspiraciones de la humanidad. Estos dos aspectos no implican un determinismo en el proceso global porque, como dice Vasconcelos: “la conciencia posee la facultad de recorrer los diversos grados y maneras de la energía, estableciendo en cada uno el enlace constructivo y sistemático indispensable” (III, 1108). Los he apuntado solamente para la mejor comprensión de lo que sigue. Vamos a examinar la teoría de la formación de la sociedad siguiendo esos dos aspectos:

a) Los tres tipos de acción y la sociedad

Los tipos de acción antes considerados encajan con la teoría de la formación de la sociedad. En su *Ética*, Vasconcelos presenta el paso del acto ético al acto estético mediante la descripción de tres tipos de acción ética de la siguiente manera: “El proceso general de la acción ética se desenvuelve en tres órdenes claramente diferenciados, aunque unidos y confundidos en su entraña: el orden de la energía biológica, cuya ley superior es el instinto; el orden de la energía consciente, cuyo móvil es la voluntad, y el orden de la voluntad, obsesionado de motivos éticos: un querer libertado de apetitos y deseoso de consumarse por mutación heroica en las formas superiores del ser. El heroísmo convierte así el valor ético en valor desobjetivado y se produce el tránsito a la estética” (III, 1107-1108).

La acción ética, con los tres órdenes antes mencionados viene a ser, en la *Ética*, base para un cierto tipo de ordenamiento social que combina el pensamiento clásico griego y la teoría indostánica de castas.

El “hombre racional” es el “denominador común, presente en todas las etapas de la acción” (III, 1106), pero de acuerdo con “el sentido de la acción característica de cada uno de los tipos” (*ibid.*)

de hombre racional, llega Vasconcelos a la jerarquización de los mismos.

Los tres tipos de hombre racional son, para Vasconcelos: el *homo faber*, el *homo sapiens*, y el hombre religioso u hombre de Dios.

El “*homo faber*, como es natural, desempeña la tarea de asimilar, aprovechar la naturaleza física; de su vocación depende[...] la eficacia de nuestra práctica” (III, 1106). Vasconcelos afirma que “la tarea modesta recae en el *homo faber*, lo que no quiere decir que no suele alcanzar la cumbre de lo ético” (III, 1106).

Tenemos luego “el *homo sapiens* de Linneo, el moralista socrático, el hombre que examina sus capacidades y dirige su esfuerzo de acuerdo con propósitos claramente concebidos” (III, 1106). Es una fusión del *homo faber*, constructor de utensilios, el hombre *agens*, que organiza su esfuerzo, y el hombre moral, que lo dirige a finalidades concretas y altas” (III, 1106).

Finalmente, como último tipo de hombre racional, Vasconcelos señala (siguiendo la designación de Brunswick) al “hombre religioso, hombre de Dios, y agente de la síntesis final”. También le llama “hombre total”, “hombre totínico”, u “hombre de unidad” (III, 1106).

Estos tres tipos de hombre racional, “elevados a la categoría de paradigma”, vienen a ser tres: “el obrero, el santo, el vidente”. Vasconcelos los describe de la siguiente manera: “La categoría obrero comprende desde el trabajador manual hasta el artista plástico[...]. La categoría santo comprende al héroe y se corona cuando el empleo de la fuerza se dirige a objetivos generosos, pero, además, encaminados a la transmutación trascendental[...]. La categoría estética se inicia con el poeta, con el creador de mito,[...] y culmina en el vidente, que traspasa la belleza apolínea formal y la pasión dionisiaca, mediante la revelación religiosa” (III, 1107).

Para Vasconcelos, en haber advertido la existencia de estos tipos de hombre racional, cuyas acciones tienen características distintas, estuvo “el acierto de la teoría de la casta indostánica” (III, 1105). Y solamente señala que “lo que importa es que el

sistema social sea libre y elástico a efecto de que haya pocas vocaciones constreñidas. Un mínimo de víctimas del régimen económico político, siempre y lamentablemente imperfecto” (III, 1106).

b) Formación de la sociedad

Aunque no siempre fue esta subordinación jerárquica la posición vasconceliana, la he querido presentar aquí por la importancia que reviste como conclusión de su *Ética*. Según esa “tripartita disposición de la voluntad” (III, 1107), se pueden examinar también tres estadios de la formación de la sociedad: “En el estado inferior, condición decaída y anárquica, la guerra es el empleo destructivo, pero vagamente coherente de los impulsos voluntarios comunes. En seguida, en el periodo de la organización pacífica y técnica, la inteligencia se asocia estrechamente a la acción y se producen las culturas intelectualistas, sistemáticas, pero poco fecundas. Por último, la voluntad llega a su apogeo constructor, a su visión sublime, y se produce el reformador, organizador definitivo de todos los valores. Y esto es lo que comprendemos dentro del calificativo: periodo estético” (III, 1107).

Es decir, “no sólo el alma individual, también el alma colectiva atraviesa por periodos de dinamismo que va cambiando y superándose” (III, 383). Puede observarse la ley de los tres ciclos de la revulsión de la energía en la sociedad. Esto lleva a Vasconcelos a “formular una ley de los tres estados de las sociedades, semejante aunque solamente en el nombre a la ley de los tres estados de Comte” (III, 383).

Las etapas de la formación de la sociedad son: la tribu, los pueblos, la civilización mundial. Los términos progresivos de este desarrollo histórico son: “clan, nación, mundo” (III, 1072).

Al principio los hombres se organizan en tribus, en las cuales “la ley colectiva es una fuerza idéntica punto por punto a la fuerza física; los más fuertes o los más astutos, se imponen con la fatalidad de los elementos, y así se constituye en los comienzos el tipo

guerrero, dominado por los intereses materiales e incapaz de vida superior” (III, 383).

Viene luego el desarrollo de los pueblos, y en este periodo, que Vasconcelos llama intelectualista, “la organización interna y las relaciones internacionales se fundan en la conveniencia y el cálculo” (III, 384). Nos dice que “todas las naciones contemporáneas, aun las más avanzadas, viven en este segundo periodo” y su punto máximo es aquel en el que los “conflictos se resuelven racionalmente” (III, 384).

Cuando tanto en el plano individual como en el colectivo, “por encima de las fatalidades de la lógica y más allá de todo interés material o moral” se busca obrar con libertad de acuerdo con las simpatías individuales y colectivas, entonces “habremos alcanzado el tercer periodo de las sociedades, el periodo estético” (III, 384). Este es el advenimiento de la “era mundial”.

c) Sociedad y era mundial (III, 1072)

Vasconcelos nos dice que “la sociedad prolonga nuestro cuerpo, igual que el utensilio, la casa, el monumento: el grande aparato de la consumación. La ideología política, la ideología social, artefactos humanísticos, se cosen a la medida o se recortan como otros tantos trajes del alma” (III, 1074). Pero en todos esos cambios, la sociedad viene a ser como un “caparazón de las almas” (III, 1074), avanzamos cubiertos con este caparacho por la ruta del desarrollo histórico, humano y planetario (*cf.* III, 1071). Vasconcelos describe la culminación de ese desarrollo en términos idílicos: “La mayor suma de dicha será entonces la norma del orden público y de las relaciones de los estados”, las oposiciones que pudieran surgir entre individuos o entre estados serían “conflictos estéticos que se resuelven no en rencor sino en júbilo por acrecentamiento de poder y de alegría”, la ley indiscutible de acción será la belleza, “las nacionalidades desaparecerán por ruines” (III, 384); se creará una “civilización mundial, en la que todos los grandes periodos concurren” (III, 385).

d) La raza cósmica

Dentro de este desarrollo histórico progresivo, “la voluntad no avanza matemáticamente sumando y combinando unidades heterogéneas, sino penetrando en el corazón del movimiento, tejiendo el huso de la energía creadora para engendrar la calidad peculiar del nuevo ciclo: el don de sumar, coordinar, unificar los heterogéneos. El conocimiento unitivo de lo heteróclito logrado por vía de emoción” (III, 1104). Al llegar al periodo de culminación del desarrollo, “las razas se unirán íntimamente a través de montes y mares para crear tipos de cultura gloriosa; pero el encuentro con la obra de otra raza no producirá rivalidades mezquinas, sino alegría y asombro, mirándose todo como un prodigio común. Las razas se organizarán en estados inmensos para desaparecer a su vez en el estado mundial del porvenir” (III, 385).

Aparece entonces la “raza universal” o “raza cósmica”. Una de las primeras descripciones de esta raza universal aparece en la obra *La revulsión de la energía*. Allí aparece de manera muy resumida, y es la que vamos a presentar aquí:

“La civilización de la raza negra se extingue casi al concluir el periodo Lemuriano que vio la supremacía del África; la desaparición del continente de la Atlántida hizo caer la cultura y el poderío de las razas de quienes nuestros indios son restos misteriosos y lejanos. Se extendieron por el Asia los amarillos creando religiones e imperios y llegaron después los blancos, cuya misión principal parece haber sido poner en comunicación a todos los pueblos para preparar de esta suerte el advenimiento de una raza que ya asoma en América Latina, resultante de la fusión de la sangre y la cultura de todas las anteriores; la raza universal. En esta raza se apoyará el estado del futuro: el Estado Mundial en cuyo seno podrá desarrollarse el periodo estético de la vida social” (III, 385).

En su obra *La raza cósmica* Vasconcelos nos describe su tesis ya antes anunciada de que “las distintas razas del mundo tienden a mezclarse cada vez más, hasta formar un nuevo tipo humano” (Colección Austral 802, Espasa-Calpe, México, 1989, p. 9). Se trata de un punto de vista que considera, al igual que la doctrina

política de su tiempo, la “legitimidad de los mestizajes y con ello sienta las bases de una fusión interracial reconocida por el derecho” (*ibid.* p. 9). Vasconcelos nos describe en esta obra tres aspectos fundamentales: i) la teoría de la formación de la raza cósmica; ii) la factibilidad de su surgimiento y predominio; iii) el factor espiritual que lo caracteriza.

Hacer esto es necesario, según Vasconcelos, porque cada raza dominante de hasta ahora ha caído en la soberbia de creerse la raza elegida y final (*cf. ib.* p. 44) y nosotros hemos aceptado el yugo de esa soberbia ajena. Pero “cada raza que se levanta necesita constituir su propia filosofía, el *deus ex machina* de su éxito” (*ib.* p. 45). Vasconcelos percibe que es necesario construir la filosofía de esa nueva raza para contrarrestar las filosofías utilizadas por el imperialismo y para dejar de “creer en la inferioridad del mestizo, en la irredención del indio, en la condenación del negro, en la decadencia irreparable del oriental” (*ib.* p. 45):

i) La teoría de la formación de la raza cósmica. El mestizo es el protagonista de la nueva raza y “el indio es buen puente de mestizaje” (*ib.* p. 37). Sin embargo, dicho punto de vista se enfrenta, ante todo, con la duda de si la mezcla de tipos raciales demasiado distantes entre sí, es decir, si la mezcla entre indígenas y otras razas, produce efectos positivos (p. 11). Para resolver el problema Vasconcelos introduce el factor espiritual, religioso, que es el que permite ver con optimismo tal mezcla.

Hay para Vasconcelos cuatro etapas y cuatro troncos raciales en el curso de la historia universal, que permiten apuntar a la unión de todos los hombres: “el negro, el indio, el mogol y el blanco” (*ib.* p. 16) son otras tantas etapas y troncos que conducen a una nueva unión, la “quinta raza universal” (*ib.* p. 16). Esa nueva raza aparece porque “En la Historia no hay retornos, porque toda ella es transformación y novedad. Ninguna raza vuelve; cada una plantea su misión, la cumple y se va” (*ib.* p. 25). Pero, al mismo tiempo, la nueva raza es fruto y superación de las otras razas.

Dicha unión comienza con la irrupción de españoles, portu-
gue-

ses e ingleses en el continente americano, ya que son éstos quienes sientan las “bases de una etapa de general y definitiva transformación” (*ib.* p. 17). Desde entonces hasta la fecha dicha irrupción ha llevado consigo una lucha entre latinidad y sajonismo, entre las instituciones, propósitos e ideales correspondientes a cada uno (*cf. ib.* p. 17). En esa lucha, las naciones latinas de América han participado con un ideal patriótico exclusivista que sólo mira a su propio estado y no al conjunto de la raza mestiza. Es decir, ha sido solamente “un regionalismo sin aliento universal” (*ib.* p. 19). El resultado es que ha sido vencida esta raza tanto a nivel nacional como a nivel ideológico (*ib.* p. 18). Porque la raza latina ha tenido siempre el azote interno del cesarismo (*ib.* p. 21), aunado a la “decadencia de las costumbres, la pérdida de las libertades públicas y la ignorancia general” (*ib.* p. 21) que la han acompañado, de tiempo en tiempo, a través de los siglos. Por otra parte, Vasconcelos nos dice que: “el indio no tiene otra puerta hacia el porvenir que la puerta de la cultura moderna, ni otro camino que el camino ya desbrozado por la civilización latina” (*ib.* p. 25). Asimismo, “el blanco tendrá que deponer su orgullo” (*ibid.*).

ii) La factibilidad de la raza cósmica. Entre los obstáculos más grandes para que se realice la unión se encuentran, el rechazo y olvido de las tradiciones (*ib.* p. 22) y la disposición geográfica (*ib.* p. 24). Ahora bien, varios puntos existen a favor de la nueva raza: nuestra tradición “posee mayor facilidad de empatía con los extraños” (*ib.* p. 26); el “afán de universalidad” (*ib.* p. 27), la preocupación por “dar expresión al anhelo total del mundo” (*ibid.*); la conciencia de la misión trascendental de “fundir étnica y espiritualmente a las gentes” (*ib.* p. 28), en una “raza definitiva” o “raza integral” (*ib.* p. 30), una “raza nueva, raza de síntesis, que aspira a englobar y expresar todo lo humano en maneras de constante superación” (*ibid.*). En una palabra, “el rasgo fundamental de la ideosincracia iberoamericana” reside en “la fusión de estirpes” (*ib.* p. 29) y este rasgo inclina la balanza en favor de la unión en “el hombre rojo” de las diferentes razas.

Se unen allí la avidez de dicha sensual, ebriedad de danzas y desenfrenadas lujurias (*ib.* p. 31) que provienen de la raza negra; el ver las cosas desde el ángulo extraño del ojo oblicuo, “que descubre no sé qué pliegues y dimensiones nuevas” (*ib.* p. 31); la “mente clara” y el “ensueño” del blanco (*ibid.*); y así sucesivamente. Por ello, nuestra raza ha venido a tener “un corazón sensible y ancho que todo lo abarca y contiene, y se conmueve; pero henchido de vigor, impone leyes nuevas al mundo” (*ib.* p. 32).

Para realizar esa misión, la nueva raza debe apoderarse, ante todo, del eje del mundo futuro que es el trópico (*ib.* p. 34): “El mundo futuro será de quien conquiste la región amazónica” (*ib.* p. 35). A partir de allí debe buscarse el “aprovechamiento de todas las capacidades para mayor integración de poder” (*ib.* p. 35) que busca eliminar del mundo “toda clase de predominio violento”, y llevar a todo el planeta la educación para que ingresen a la sabiduría (*ibid.*). No se trata de realizar conquistas, anexando territorios ni haciendo colonias sino de unificar, de acaparar vida (*ib.* p. 36-37). No se trata de excluir razas sino de integrarlas (*ib.* p. 36). Entre los factores que propician y hacen factible la formación de la raza cósmica, Vasconcelos veía que “las tendencias todas del futuro se entrelazan en la actualidad: mendelismo en biología, socialismo en el gobierno, simpatía creciente en las almas, progreso generalizado”, todos ellos tendientes a la “aparición de la quinta raza que llenará el planeta, con los triunfos de la primera cultura verdaderamente universal, verdaderamente cósmica” (*ib.* p. 52).

iii) El factor espiritual. En relación con la formación de la raza cósmica, Vasconcelos se refiere ante todo al “gusto que dirige el misterio de la elección de una persona entre una multitud”, entre personas de diferentes razas y físicos (*ib.* p. 37). Esta “ley del gusto, como norma de las relaciones humanas” (*ibid.*) es ante todo un gusto estético y supone una vida liberada del imperio de la necesidad y paulatinamente sometida “a las normas superiores del sentimiento y de la fantasía” (*ibid.*). El gusto, o “instinto de simpatía”

como “razón secreta de toda estética” (*ib.* p. 38) está más allá del instinto animal, de la legislación y de la lógica.

El gusto estético que es el factor espiritual de formación de la raza cósmica es asimismo el factor de su desarrollo. La conducta se busca en el sentimiento creador bajo una inspiración constante y lo que allí importará es “que el acto, por ser bello, produzca dicha” (*ib.* p. 39) que en esa tercera etapa nos lleve a “vivir el júbilo fundado en el amor” (*ibid.*). La pasión de belleza, el *pathos*, es amor exaltado, es pasión iluminada. En la fusión de las razas el amor mismo viene a ser una obra de arte y se traducirá en una “eugénica misteriosa” por la que “las uniones sinceramente apasionadas y fácilmente deshechas en caso de error, producirán vástagos despejados y hermosos” (*ib.* p. 41).

El mundo ahora está “lleno de fealdad a causa de nuestros vicios, nuestros prejuicios y nuestra miseria” (*ibid.*). Pero con esa “eugenesia estética” habrá un mejoramiento étnico y “las estirpes más feas irán cediendo el paso a las más hermosas” (*ib.* p. 43). Sin embargo, ésta no es misión de una sola raza de las que ha habido hasta ahora: “ni en la antigüedad, ni en el presente, se ha dado jamás el caso de una raza que se baste a sí misma para forjar civilización” (*ibid.*). Esa es tarea del mestizaje que se mueve, no por un credo rival de otros credos imperialistas, sino por “una ansia infinita de integración y de totalidad que por lo mismo invoca al Universo” (*ib.* p. 47). El factor espiritual que le caracteriza es el amor, porque “sólo el amor es capaz de producir una Humanidad excelsa” (*ibid.*). En esa “aurora de una época sin par” el cristianismo se consumará “en la raíz de los seres” (*ib.* p. 49): la quinta época del mundo será de un “esteticismo cristiano” (*ib.* p. 50).

Sólo el amor verdadero puede organizar y poner en marcha la ley de la Historia (*cf. ib.* p. 51). Esta ley se encuentra, según Vasconcelos, en la suma mística de los tres estados de desarrollo de la sociedad (ya antes mencionados), y las cinco razas (incluyendo a la raza final o raza cósmica): “o sea el número ocho, que en la gnosis pitagórica representa el ideal de la igualdad de todos los hombres” (*ib.* p. 52).

Aquí volvemos al Vasconcelos pitagórico de la primera época pero ahora nos presenta su pensamiento como una visión integral de la tarea del mundo histórico y la forma de su realización.

7. Resumen

En la filosofía vasconceliana el ritmo está íntimamente ligado a cualquier tipo de existencia histórica. Todo lo que existe es una forma de energía y siempre tiene un ritmo. Cuando la forma de la energía y el ritmo se transforman, entonces se da un cambio súbito que se llama revulsión de la energía. Ha habido en la historia de la humanidad tres revulsiones: la aparición de la sustancia física como concentración de energía, la emergencia de la célula como principio de vida, y el surgimiento de la conciencia que va desde la concentración de la energía en la individuación hasta la creación de valores y vislumbre de un camino de unión con el absoluto.

De acuerdo con esas tres revulsiones hay también tres tipos de acción humana que pueden clasificarse en tipos de hombre racional: el *homo faber*, el hombre intelectual y el hombre religioso. La característica específica de cada uno de estos tipos, da lugar a una jerarquización de los mismos. De allí nos resulta un tipo de sociedad que históricamente se desarrolla en tres etapas en las cuales encontramos como puntos centrales: la raza o el clan, los pueblos o los estados, y el estado mundial en el que la forma humana constitutiva es la raza universal. Esta última etapa, la era mundial estará constituida por un nuevo tipo de hombre: la Raza Cósmica en la “etapa del mundo Uno” (*ib.* p. 27).

NOTA: Este escrito se engloba en un proyecto de investigación comparativa entre las filosofías de José Vasconcelos y de Nishida Kitaro. Ya anteriormente me he ocupado del “nuevo hombre en un mundo global” de Nishida (Agustín Jacinto. *Filosofía de la transformación del mundo*. El Colegio de Michoacán / The Japan Founda-

tion. Zamora, Mich. 1989). A partir de este trabajo podemos ver que si sustituimos “raza cósmica” por “un nuevo hombre” y “el mundo Uno” por el “mundo global”, asoman algunas semejanzas todavía superficiales, entre esas dos filosofías.

Algunas ideas de este libro, ya publicadas en la revista "Anales de la Universidad de Zaragoza" y en el libro "Historia de la psicología social", han sido utilizadas por el autor en su obra "Historia de la psicología social" (1987) y en el artículo "Historia de la psicología social" (1989). En este libro se han dado las historias de vida de los autores más importantes de la psicología social y se han tomado como referentes del pensamiento en esta disciplina los trabajos de los autores más importantes de la psicología social. Este libro se divide en tres partes: la primera trata de la historia de la psicología social y de la historia de la psicología social, la segunda trata de la historia de la psicología social y de la historia de la psicología social, y la tercera trata de la historia de la psicología social y de la historia de la psicología social. Este libro se divide en tres partes: la primera trata de la historia de la psicología social y de la historia de la psicología social, la segunda trata de la historia de la psicología social y de la historia de la psicología social, y la tercera trata de la historia de la psicología social y de la historia de la psicología social.